



la CODORNIZ

Las conocidas hermanas gemelas, miss Luchi Feliú y miss Luchi Feliú, cuyo parecido es tan parecido que, como puede verse en esta fotografía, no hay manera de distinguir cuál es la señorita miss Luchi Feliú y cuál es la señorita miss Luchi Feliú.

MADRID, 6 DE JULIO DE 1941 - AÑO I - NUM. 5

ESTE NUMERO ESTA DEDICADO
POR COMPLETO A LA MUJER



La mujer en la sombrerería



— He leído que liquidan ustedes dos mil sombreros, y vengo a probármelos.

Ayuntamiento de Madrid

60
CTS

LA MUJER EN EL MUSEO



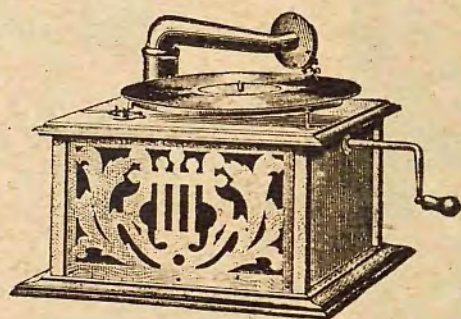
la mujer apasionada.



la mujer coqueta.



la mujer romántica.



la mujer habladora.



la puritana.



la cantante.



la esposa



la amiga de la esposa.



la CODORNIZ

REVISTA DE HUMOR
 PASEO DE ONESIMO REDONDO, 26
 APARTADO 383 - TELEFONO 22890
 Director: MIHURA

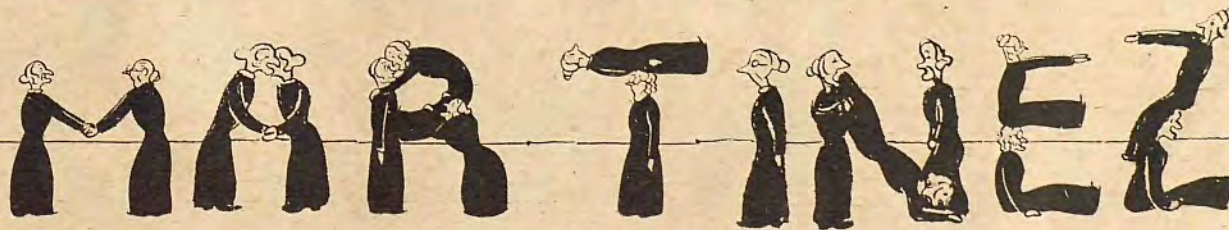
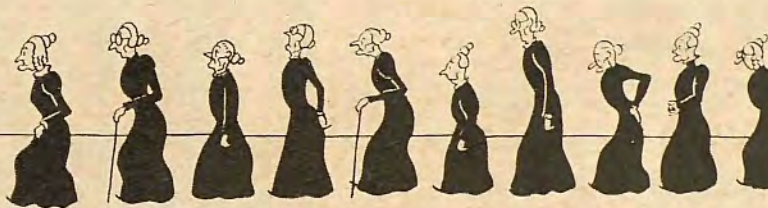
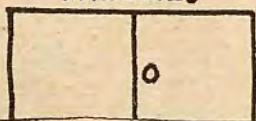
Sencillos sombreros de paja trenzada adornados con sardinas frescas del día, que han lucido estas dos señoras en las últimas carreras de gatos.



He aquí, amable lectora, un precioso modelo de sombrero que no se llevará nada esta temporada de verano.

LAS ALUMNAS DE LA ACADEMIA DE LABORES MARTINEZ CELEBRAN EL 50 ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

ACADEMIA MARTINEZ
 LABORES



LA MUJER EN LA OPERA



A PARTE de las sopranos, una de las cosas que más les gustan a las mujeres que van a ver las óperas es el trombón, y por eso va siendo necesario hablar extensamente del trombón.

El trombón es un instrumento muy viejecito que en realidad no sirve para nada, pero que lo conservan en las orquestas por lástima y porque nadie es capaz de llevarse a casa ese instrumento tan gordo.

—Voy a traer el trombón a casa—inisúa tímidamente el profesor de trombón a la hora de comer.

Y entonces la mujer se enfada.

—¡No faltaría más que eso! ¡No eres capaz de invitar una temporada a tía Reus, y pretendes traer un trombón, que sabe Dios lo que tendrá dentro!

—¿Pero qué daño te ha hecho el trombón?—solloza el profesor, comiéndose un pedazo de cigala.

—No me ha hecho ningún daño, pero en ninguna casa de bien tienen un trombón.

Los niños, al oír la palabra trombón, se echan a llorar como Magdalenas, y el profesor, comiéndose el otro pedazo de cigala, decide no traer el trombón a casa y dejarlo en la orquesta sentado encima de una silla, con su cara de grifo.

El caballero que toca el trombón, no tiene una misión definida; basta con que, de cuando en cuando, haga "bu, bu", para que haga bonito.

La labor más difícil del director de orquesta, aparte de procurar que no se le salgan los puños, es contar las veces que el encargado del trombón hace "bu, bu", para luego poder pagarle. Esto no es tan sencillo y da lugar a muchas discusiones:

—Me debe usted treinta y cinco "bu, bus"—dice el caballero del trombón al acabar el concierto.

—¿Cómo treinta y cinco "bu, bus"?—pregunta el director, alarmado.— ¿Está usted loco?

—¡Claro! Treinta y cinco "bu, bus" como treinta y cinco soles: veintiocho "bu, bus" de esta noche y siete "bu, bus" de la semana pasada.

—¡Pero si esta noche no ha dado usted más que veintisiete "bu, bus"!

—Veintiocho. Lo que pasa es que el bombo, que es un tío egoísta, no ha hecho más que dar golpes toda la noche sin ninguna consideración y me ha tapado un "bu, bu".

El caballero que toca el trombón acaba aficionándose a soplar, y lo hace ya mecánicamente, y cuando llega a su casa y besa a su mujer, la llena de aire, como si ésta fuera también un trombón.

—¡Lástima de aire!—exclama la esposa, que es muy económica y muy mujer de su trombón.— ¡Si yo tuviera tanto aire como tú, ya tendríamos una mesa camilla nueva!

El que toca el trombón, en sus ratos de ocio se dedica a apagar las velas, a encender la lumbré y a quitar el polvo de los muebles...

En realidad, al trombón no le gusta nada ser trombón y que le llenen de aire todo el tiempo, como si fuera un toro. A él le gustaría mucho más ser cañería para que le estuvieran siempre echando agua por dentro; pero el sino del trombón es que lo llenen de aire y más aire, y a fuerza de respirar tanto aire viciado, acaba envejeciendo y poniéndose encorvado el pobre hombre. Entonces hay que llevarlo a un sanatorio en el campo para que respire aire puro y se le curen los pistones.

TONO



Lo que veríamos si en el teatro escuchásemos la ópera del mismo modo que escuchamos la radio en nuestra casa.



LA MUJER EN LA QUIROMANTICA

¿QUIERE USTED LEER SU MANO?

PUES bien; lea usted su mano, o lea usted sus dos manos, o lea usted sus siete manos. Nosotros no tenemos ningún inconveniente en que lea usted sus catorce manos, siempre que no las lea usted en voz alta y nos deje usted leer a nosotros el periódico. Si la lectura de sus manos no le satisface debe usted procurar que le satisfaga o buscar otra mano mejor en el tranvía, que siempre se encuentra. La lectura de las manos es muy entretenida, pero hay que tener mucho cuidado de que no estén escritas en inglés, porque entonces no se entienden apenas y hay que buscar otras manos más limpias. Las mejores manos para leer son las que están escritas en andaluz, y el protagonista es un mocito que se llama Rafael y que viene a casarse, subido en un caballo, que también se llama "Rafael".

La señora.—¿Cómo me gustaría saber leer en las manos y tener dos o tres manos en la librería del despacho!

La quiromántica.—A mí también me gustaría mucho, señora mía.

La señora.—Siempre he tenido afición a leer en las manos, pero en cuanto cojo una mano me quedo dormida como una tonta.

La quiromántica.—Eso es porque madrugará usted mucho, señora mía.

La señora.—Madrugo lo que me parece, señora suya.

La quiromántica.—¿Pero la señora es suya o es mía?

La señora.—Pongamos mitad y mitad.

La quiromántica.—Bien; pues sigamos. A mí me ha costado mucho trabajo aprender, porque al principio tenía la costumbre de llevarme las manos a la cama para leer antes de dormirme, y muchas clientas no querían dejarme la mano.

La señora.—¿Y también sabe usted leer en los pies?

La quiromántica.—En los pies también sé, pero los pies sólo dicen cosas de fútbol.

La señora.—En fin, señora mía, ¿qué ve usted en mi mano?

La quiromántica.—Veo que tiene usted cinco dedos.

La señora.—¿Cómo ha podido usted adivinar eso?

La quiromántica.—Tengo mucha costumbre, señora suya.

La señora.—¿Y qué ve usted, además, señora mía?

La quiromántica.—Veo un dedo gordo.

La señora.—¿Y usted cree que mi marido tiene algo que ver en este asunto? ¿Usted cree que me engaña con otro?

La quiromántica.—Eso no lo sé. ¿Cómo quiere usted que sepa yo esas cosas? Yo sólo veo que tiene usted un dedo gordo.

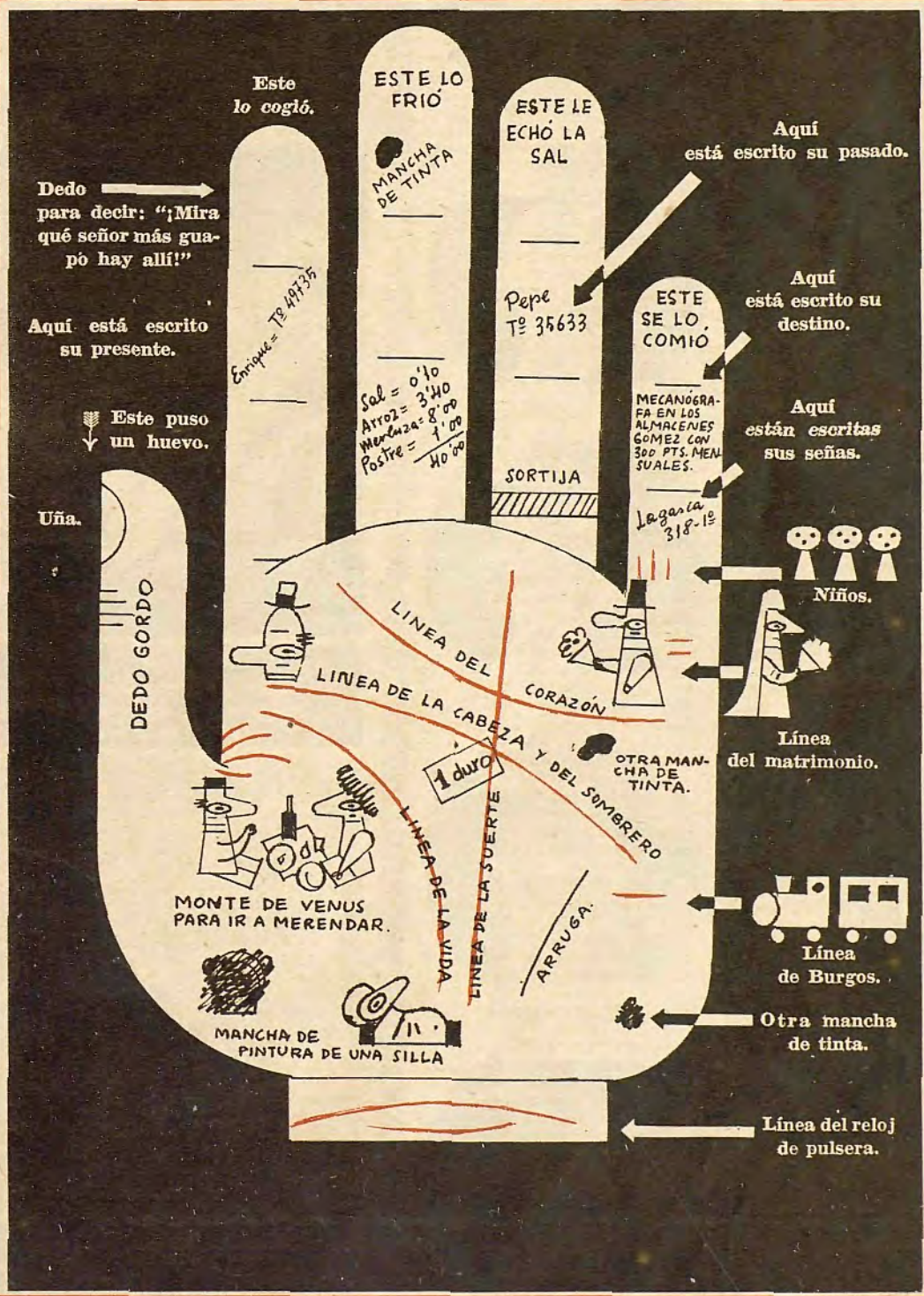
La señora.—¿Y eso tiene algún significado?

La quiromántica.—Claro que tiene un significado! Significa que tiene usted un dedo gordo.

La señora.—¿Ve usted si mi vida será larga?

La quiromántica.—Yo sólo veo que su dedo gordo será gordo. ¿Le parece a usted poco?

La señora.—Está bien, está bien; pero no se ponga usted así, que no es para tanto.





—Como no tiene niños, lleva siempre de paseo al carrito del té...

LA SEÑORITA MISS KETTY QUE, PRACTICANDO NUESTRO METODO DE GIMNASIA, LOGRO CASARSE CON ESTOS CINCO CABALLEROS



PERITO



MISS KETTY



INGENIERO AGRONOMO



MISS KETTY



SEÑORITO CARLOS FELIU



MISS KETTY



DON AMADEO RUIZ, RICO FABRICANTE



MISS KETTY



PERRO



MISS KETTY

LA MUJER EN LA GIMNASIA

CONVIERTASE USTED EN VARIAS SEÑORITAS PRACTICANDO NUESTRO NUEVO METODO DE GIMNASIA SUECA

OCURRE muchas veces que una misma señorita tiene cinco o seis pretendientes y no sabe qué hacer con ellos, pues la buena educación impide cometer la grosería de decir a cuatro que tiene jaqueca para salir con uno; y si se dice que se tiene jaqueca a tres, para salir con dos, está feo; y si se le dice a dos para salir con tres, también estará feo; y jaqueca a uno para salir con cuatro, feo; y si no se dice nada de jaqueca y se sale con los cinco, se vuelve con jaqueca.

Por otra parte, la caridad, que nos manda reír con los que ríen y llorar con los que lloran, nos prohíbe envenenar a cuatro para casarse con uno. ¿Y qué diríamos de una señorita que diera su palabra de matrimonio a sus cinco pretendientes? Además de molesto para ella, sería tan mal visto por la sociedad, que perdería el trato social y la echarían de la sociedad y serían embargados todos sus maridos.

En casos como éste, que se le presenten cada día a una bella señorita, ha habido quien se ha sacado los ojos y entrado en un claustro, y quien ha abandonado el país, dejándose hijos y hacienda. ¿Qué hacer ante este pavoroso problema? Un momento, amigas mías. Gracias a la gimnasia vais a tener la solución. La gimnasia dará elasticidad a vuestros miembros y los desarrollará de tal modo, que vuestros miembros se convertirán en cinco o seis.

Yo misma, sin ir más lejos, gracias a la gimnasia logré tener un ojo en una sien que tanta falta me hacía para mirar a casa de la vecina, y a los cinco años conseguí tener siete cuerpos más, además del mío propio.

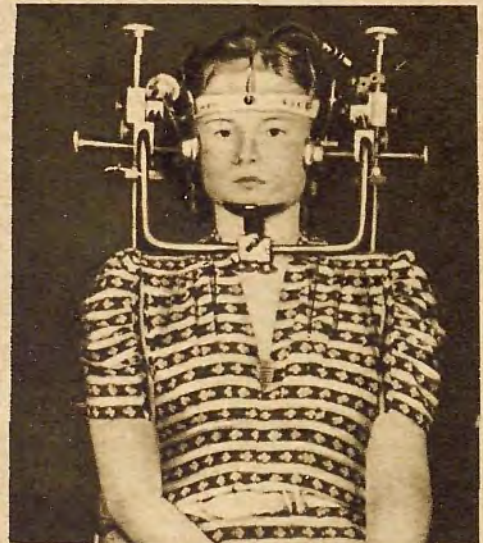
Y ahora soy siete hermosas señoras casadas y contentas que andamos por el mundo con maridos de muy buena posición.

LA SEÑORA DE MARABU



MOVIMIENTO N.º 1

Haciendo este movimiento todas las mañanas al levantarse conseguiréis tener cinco cuerpos.



MOVIMIENTO N.º 2

Con este aparato especial, adosado a los hombros, mover la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha hasta conseguir tener varias cabezas.



MOVIMIENTO N.º 3

En el movimiento número 3 vemos la forma de hacer la gimnasia esa para lograr tener más piernas que nadie.



MOVIMIENTO N.º 4

Y por último, con este movimiento, hecho a conciencia, podréis tener más brazos que piernas, que es lo que conviene.

LLEVE USTED UNA RUBIA EN EL VERANO



ENTRE todo lo que forma parte de una mujer, lo más importante es el hombre. Trátemos, pues, de este adminículo femenino. Acaso ella quisiera mejor que tratásemos de la moda o del maquillaje, pero ambos son temas que nos están vedados. Para ocuparse en la moda hace falta o mucho buen humor o la crueldad de un misógino. ¡Oh, si las mujeres conociesen la génesis de algunas de esas modas que siguen sin vacilaciones!... Una casualidad nos permitió asistir al nacimiento de los modelos que hace dos o tres años llevan las señoras y las señoritas sobre la cabeza. Fué en París, en una comida a la que asistían varios grandes modistos y dibujantes. Cada uno había bebido tres veces más de lo que podría resistir un cosaco, y comenzamos a oír confidencias acerca de los éxitos de la moda. El gran modisto número 1 nos refirió que se había dedicado a ese oficio después de haber sido abandonado por su prometida cuando la esperaba en una iglesia vestido con un chaquet y dispuesto a casarse. El gran modisto número 2 contó que su odio al bello sexo surgió en él obsesionalmente el mismo día en que su esposa le cambió por un capitán de la Marina mercante. El gran modisto número 3 había fracasado siempre en sus amores. En cuanto a los dibujantes, tenían graves afrentas que vengar o motivos de resentimiento muy estimables. Todos abominaban de la mujer y, sin ponerse de acuerdo, llegaron a descubrir que la mejor venganza era obligarlas a ir vestidas ridículamente, de lo que ellas no se enteran nunca por su fetichista respeto a la moda. Nuestra voz se alzó entonces para defender el innato sentido de elegancia de cada mujer y de todas las mujeres y para negar que aceptasen lo grotesco. ¡Ay, fuimos involuntarios culpables de lo que después ocurrió! Porque aquellos hombres se pusieron a dibujar en las servilletas unos espantosos sombreros, pequeños como los de los clowns, arbitrarios, insensatos, feísimos, y cuando juramos que nunca una muchacha de mediana salud se aventaría a llevar tales adefesios sobre su cabellera, anunciaron ellos solemnemente:

—Pues ésta será la próxima moda.

Y fué. El año pasado y el anterior los vi, a través de mis lágrimas, sobre los parietales de todas las mujeres de Europa.

Las infelices no saben qué clase de enemigos abusan de su candor, parapetados en el tabú de la moda.

En cuanto al maquillaje, no perderíamos nuestro tiempo en dar consejos que intentasen alterar el especialísimo concepto que tiene de él la mayoría de las españolas. En nuestro país se saltó bruscamente de creer que pintarse los labios era un pecado mortal a suponer que las caras estaban aún por inventar y que había que diseñar las facciones con arreglo a un modelo en el que los párpados son fuertemente azules; sus bordes, negros; sus lagrimales, color fuego; las mejillas, ladrillo; la nariz, blanca; las cejas, de lápiz, y la boca de cada una, igual a la boca de la artista de cine que esté en boga.

Si nos propusiésemos influir en las barras de carmín para enseñarles sus más recomendables deberes, nada lograríamos, naturalmente. Pero acaso tengamos más suerte si dirigimos nuestras admoniciones a ese otro útil del que también precisa la mujer, y que se llama "el hombre".

El hombre es, a veces, tan inoportuno como los lápices de tocador y tan inconveniente como la moda. El hombre suele vacilar mucho tiempo antes de adscribirse a una mujer, porque algo en el fondo de su inteligencia le dice que este fenómeno de la aproximación es enormemente trascendental y que hay que determinarlo con atención escrupulosa. No hay duda ninguna de que las pasiones—para buscar ejemplos en la antigüedad—

obedecen a leyes, no a caprichos, y de que cuando tales leyes estén descubiertas, cuando se pueda saber qué tipo físico y espiritual femenino corresponde a otro tipo físico y espiritual masculino, las dudas y tanteos de ahora—tan imperfectos y sujetos a error—no existirán. Pero ni aun los más estudiosos especialistas podemos hoy asegurar que el importantísimo problema esté resuelto.

Sin embargo, algo se puede decir acerca de otros aspectos que, si son menos considerables, no por eso merecen el desdén con que se les trata. Muchos hombres se consagran a una mujer sin tener en cuenta más que si les gusta. En cambio, se librarían muy bien de hacer lo mismo con un manjar, con un traje o con un licor. A usted pueden agradarle las sardinas, pero usted no comerá sardinas si tiene que hablar de cerca con una persona que le interesa. Usted puede tener un "smoking" bien cortado, pero no se le ocurrirá vestírsele por la mañana. Pues bien: ¿por qué no aplicar tan elementales precauciones a la mujer?

Cualquiera de nosotros tiene, seguramente, numerosos conocidos que son enemigos declarados de las gordas y que experimentarían un sincero disgusto si alguien les viese en cualquier ocasión acompañando a una mujer de noventa kilos. Grave error. Confusión hija de la falta de raciocinio, de la facilidad con que nos entregamos a los tópicos. Hay veces en que la gorda "hace" bien. Personalmente, no la elegiríamos para subir con ella a un tranvía demasiado lleno, ni para sentarnos en la terraza de un café. Pero—por ejemplo—no hay compañía mejor para ir a ver una comedia graciosa. La risa de una mujer gorda, lo que se dice gorda, es uno de los más amables espectáculos. Sus mejillas tiemblan, sus ojos se hunden en blandura, la carne de sus brazos y de su escote se ríe también, saltando a este compás: ja, ja-ja, ja, ja... Los cómicos agradecen su jovialidad, más que otra alguna, porque saben que es contagiosa, y terminan por dedicarle las frases de mayor comicidad; el autor la mira, reconocido, por ese agujerito que hay para los autores en los felones de fondo, y el público concluye por fijarse en ella en cuanto suena un chiste, y en gozar con su gozo, mientras murmuran unos al oído de otros:

—¡Qué simpático es ese caballero que ha traído a esa señora gorda tan reidora! Deben de ser felices. Se ve que él es muy bueno.

Un hombre alto no debe llevar a una mujer pequeña a un baile. Ahora, si va a aquella terraza de que hablábamos antes, con la intención de tomar cualquier líquido por una paja, nada compondrá mejor el grupo que una muchachita menuda, sobre todo si lleva un perrito muy feo, o, de no tener ese perrito, que vaya sin medias.

Habrà quien pregunte: "¿Por qué?" Pues... porque sí. En estas cuestiones no todo puede explicarse; hay una razón de buen gusto, de intuición, que es costoso formular concretamente. No se trata de arbitrariedades ni de incongruencias. Existe un quid secreto que viene a regular cada caso. Verbigracia: si se va por la calle con una mujer de nariz prominente, no se debe llevar un puro en la boca. Resulta imperdonablemente desconsiderado.

Estas leyes son tan numerosas como las de la cortesía, y nadie las podrá recoger detalladamente. Otras hay, sin embargo, de carácter más general. Entre ellas es ahora muy pertinente la que recomienda acompañarse de rubias y no de morenas en esta época del año. La visión de una rubia es más refrigerante, y la gente agradecerá mucho verle pasar a usted con una rubia cuando el termómetro sube de los treinta para arriba. Usted mismo se sentirá más confortado y respirará mejor.

Un tiempo llegará en que estas precauciones elementales se estudien en el bachillerato.

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

Ayuntamiento de Madrid

El dibujante italiano "Novello" os muestra en esta página unos maravillosos dibujos plenos de observación y de ironía.

LA MUJER EN LA VIDA COTIDIANA



PASEO JUNTO AL MAR

Mientras ella habla de la belleza del crepúsculo, él recuerda que sólo tiene en el bolsillo cinco pesetas con setenta céntimos.



BAILE DE CARNAVAL

La madre le ha dicho a su hijo que espere hasta las once, porque a esa hora subirán a verle los del entresuelo.



CUANDO NO HAY BASTANTES CUBIERTOS PARA CAMBIAR...

... y el invitado, después del pescado, deja los suyos sobre el plato...



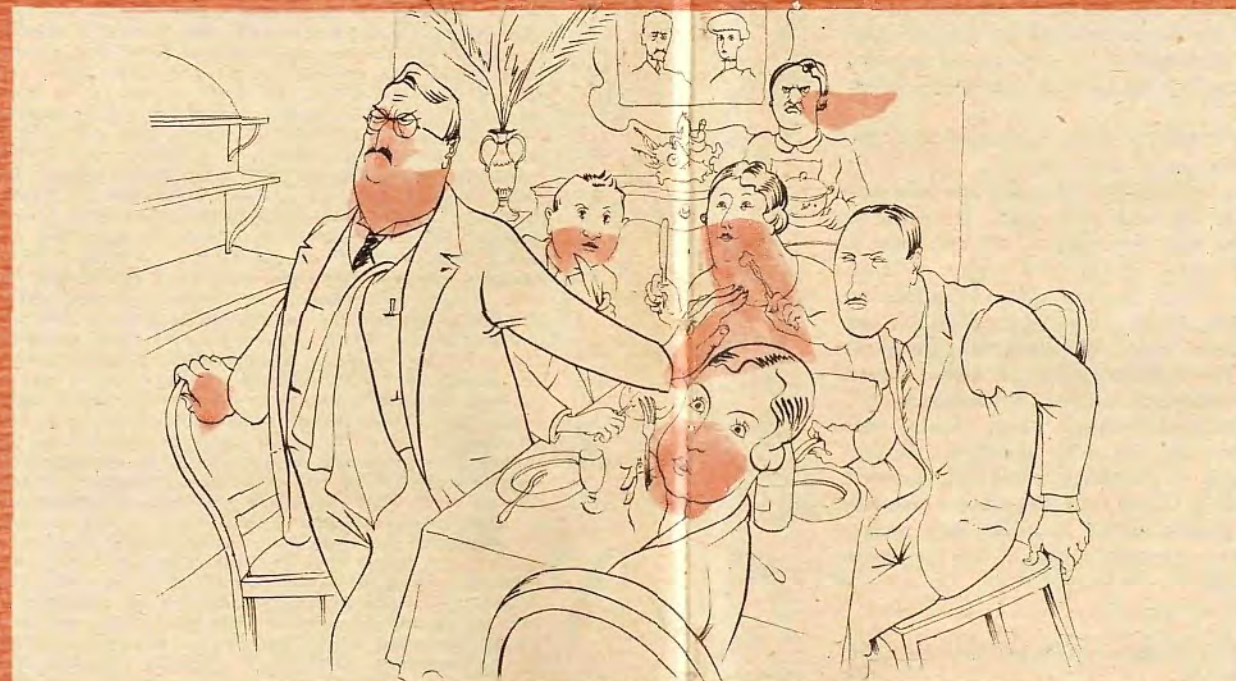
El marido cuando almuerza en casa, y...

... el marido cuando almuerza en el restaurante.



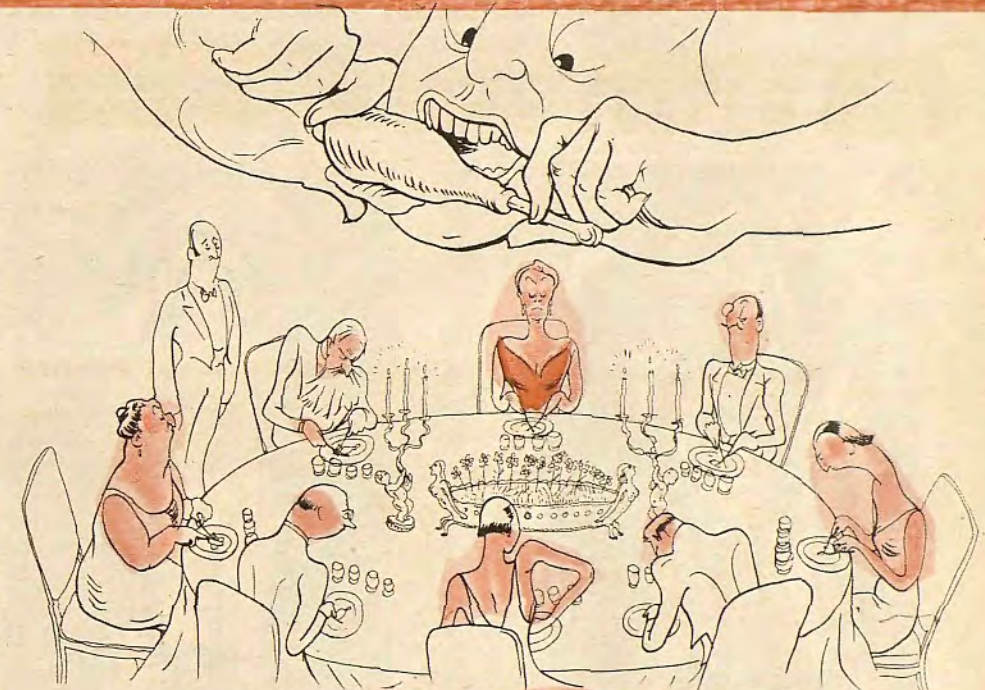
EN CASA DE BIANCHI

—¡Qué lata! ¡Mira que tener que ir a cenar a casa de los Rossi!...



LA FAMILIA HA INSTALADO TELEFONO

La primera llamada.



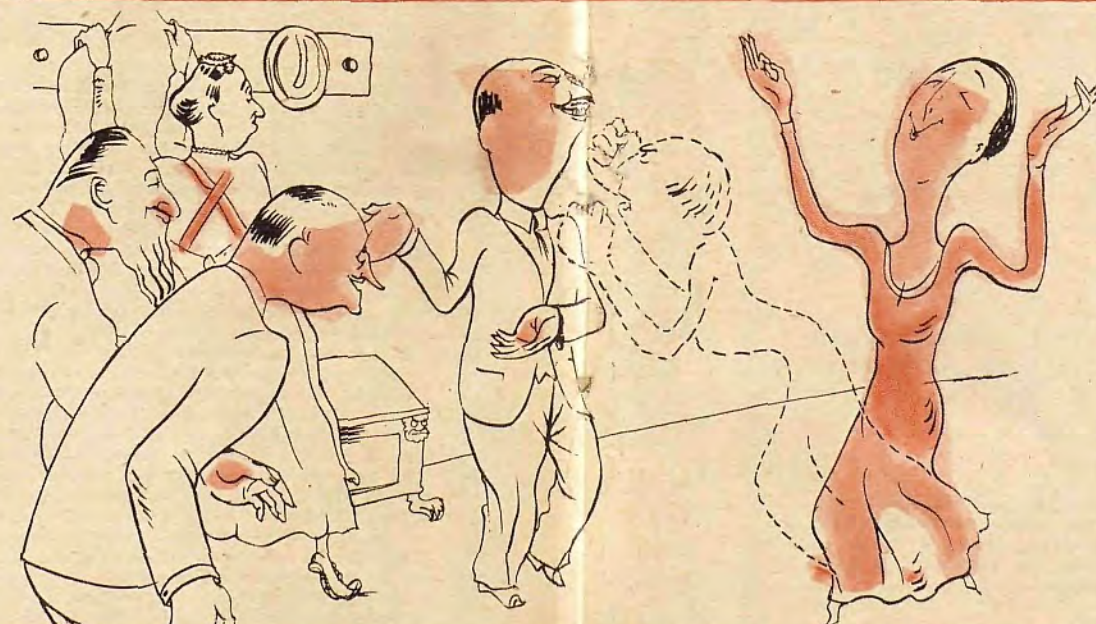
HAN SERVIDO EL POLLO

El pensamiento dominante.



EN CASA DE LOS ROSSI

—¡Qué lata! ¡Mira que tener invitados esta noche a los Bianchi!...



EL CUERPO Y EL ESPIRITU

Lo que ocurre cuando, sin haber avisado previamente, el marido se presenta en casa con dos invitados a comer.



SU PRIMER ACTO DE AUTORIDAD

—Mira, Paulina—le había dicho él—. Quiero que la ceremonia de nuestra boda sea modestísima: a las siete de la mañana y en traje de viaje...

LA MUJER

EN EL

TOCADOR

EL tocado, señora mía, es el arma más poderosa de que dispone la mujer moderna. Podríamos decir que el tocado es la única arma de que dispone la mujer moderna, pero no lo decimos por temor a que nos oiga la mujer moderna y nos dé con el tocado en la cabeza.

La mujer moderna, señora mía, debe cuidar de su tocado como el pez en el agua. Una mujer, señora mía, que no sepa tocarse la cabeza, o es una mujer anormal o no es señora mía.

Como decíamos antes, señora mía, el motivo de que la mujer moderna tenga una cabeza encima de los hombros no es otro que ése, y si no fuera por ése, la mujer moderna no tendría esa cabeza encima de los hombros y la tendría encima de una rodilla o en cualquier otro sitio.

Para conseguir un perfecto tocado de la cabeza, como no decíamos antes, son necesarios algunos elementos: la cabeza, el tocado, los pelos, otra vez la cabeza, el peine, etcétera, etcétera.

He aquí, por tanto, unos consejos para tocarse la cabeza como debe ser:

Se coge una cabeza del tamaño aproximado de una cabeza. Se lava y se pela. Después se coge la cabeza con una mano, el pelo con la otra mano, el peine con la otra mano, y el etcétera, etcétera, con la otra mano. Cuando ya se tiene cogido todo esto es que ya se tiene cogido todo esto, y podemos empezar a tocarnos la cabeza con la otra mano. "Pero ¿de dónde sacamos esta última mano?", preguntará alguna señora mía. Nada más sencillo: basta con soltar un momento el peine, la cabeza o el etcétera, etcétera, durante esta operación y, siguiendo nuestros consejos, señora mía, puede usted tocar lo que quiera en su cabeza y volver locos a los hombres, señora nuestra.



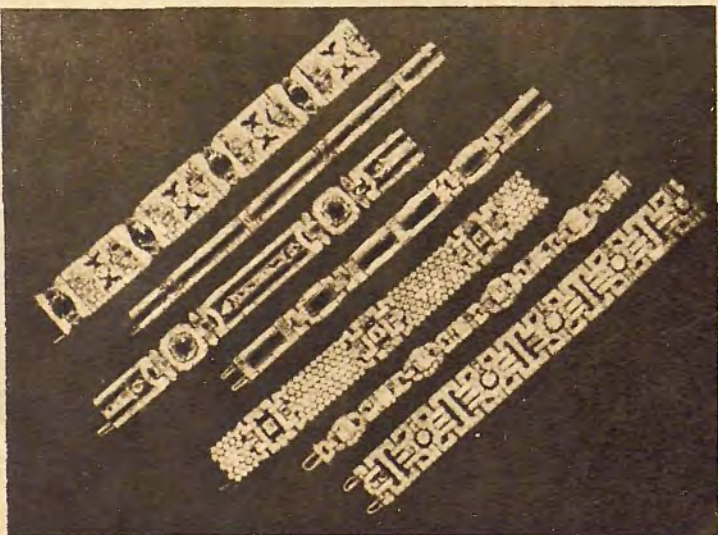
Las modelos de la Casa Madame Feliú Hermanas (antes Feliú sola) ejecutando el precioso número de "Tú ya no soplas como mujer".



Sencillo modelo de mañana, de pasado mañana y del jueves, muy indicado para tomar el té o para tomar agua caliente.



Delicioso conjunto para ir a la compra, que lanzó esta señorita en el mercado de Olavide, y del cual todavía no ha vuelto.



Valiosos modelos de pulseras que se van a llevar a poco que nos descuidemos.



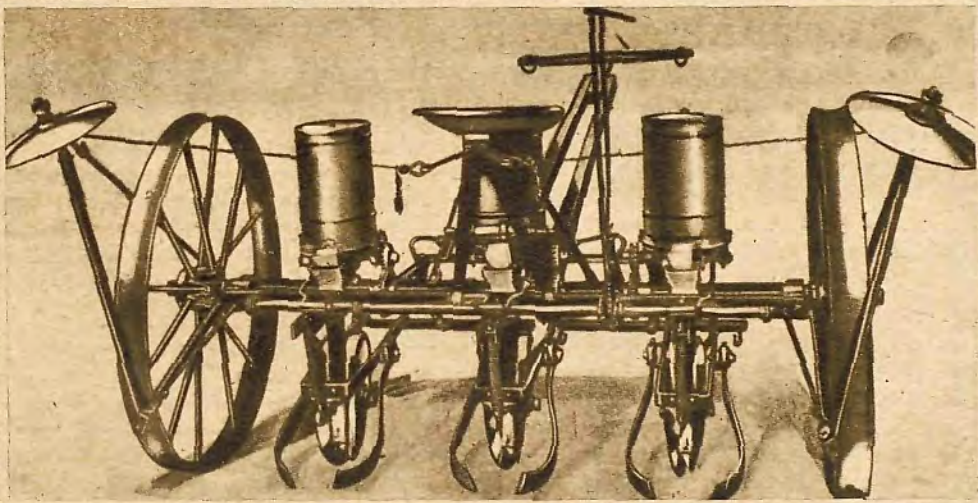
—Quisiera una barrita de los labios para una señora sorda, más bien alta, con lentes, que va a hacer un viaje alrededor del mundo y se llama doña Esperanza...



Señora mía: No adorne usted los toros con exceso, pues los toros adornados de esta manera parecen vacas jóvenes, y cuando se dan cuenta de la realidad se ponen furiosos, como un toro.



Es un error guardar los pollos en los cajones de las cómodas, como también sería un error guardar las cómodas en los cajones de los pollos. Cuando queráis guardar los pollos, lo más práctico es guardarlos dentro del gallinero, en vez de meter los conejos, como hacéis siempre.



Usted misma y en su casa puede construirse una máquina como ésta, con los desperdicios de las máquinas que hayan sobrado el día anterior. Basta para esto con hacerse esta máquina, como hemos dicho anteriormente, y no vamos a estarlo diciendo todo el tiempo.



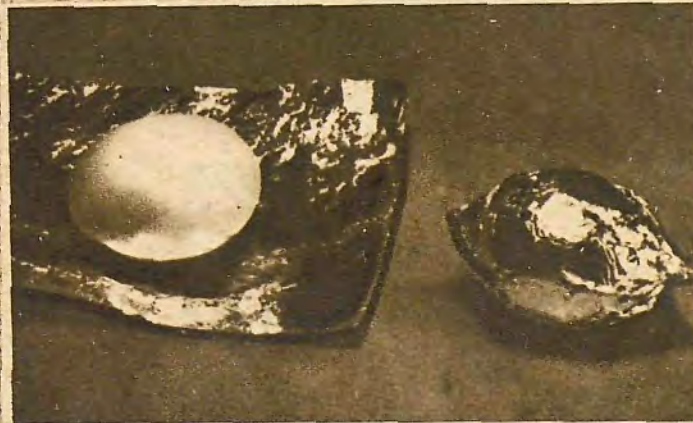
No tire usted los periódicos viejos, pues lavándolos en una palangana con un poco de agua y otro poco de mano quedan como nuevos y los puede usted leer otra vez para ver lo que dicen.



Cuando el perro tenga que hacer la gimnasia, ponerle siempre unos pantalones blancos, pues es la única manera de que el perro tenga sus pantalones blancos puestos cuando tiene que hacer su gimnasia esa.



Ya le hemos dicho que no intente usted meter las cacerolas dentro de las botellas de la leche, ya que tiene el inconveniente de que luego no se pueden sacar, y por si esto fuera poco, tampoco se pueden meter.



Si quiere usted conseguir que un huevo parezca un bombón, no tiene más que envolverlo en un papel de plata. El huevo parecerá eso y mucho más, y cuando lo desenvelvan y vean que es un huevo, la gente verá que es un huevo, y no un bombón, como creía la gente.

LA MUJER EN SU CASA

ES conveniente que usted sepa que una casa, vista desde fuera, es un piso, y que el piso, visto desde dentro, es la calle. Desde fuera decimos a nuestros amigos que "esta es mi casa", y desde dentro les decimos que "esta es tu casa".

Una casa tiene un montón de paredes fabricadas expresamente para que se oiga todo lo que se habla en la pared de al lado, y tiene un techo que sirve para colgar la lámpara del comedor y para que los vecinos de arriba no se pongan de pie en la cabeza de uno y para que uno no ponga la cabeza debajo de los pies del otro. Hay una puerta delante y otra detrás, como en el tranvía, precisamente para que todo el mundo se las deje abiertas y entre corriente para que nos creamos que estamos en el tranvía, que es lo bueno.

Dentro de la casa hay tantas habitaciones como el arquitecto creyó suficientes para la vida moderna, y una menos que las que necesita el inquilino. En la puerta principal del piso hay una cosa metálica, unas veces redonda y otras cuadrada, que sirve para ver a las visitas cuando tocan el timbre y para poder salir corriendo por el pasillo y esconder toda la comida. La puerta de servicio es igual que todas las puertas de servicio, pero en los pisos en los que no la hay, son diferentes. En el comedor hay una mesa larga, con un tablero en el centro, que puso papá cuando vino la mar de gente a merendar el día del cumpleaños de la tía Clotilde, y que se quitará un día en que papá coma bien y tome fuerzas para poder sacar las cuñas que la sujetan por debajo. A la familia le gusta jugar al "ping-pong" sobre esta mesa, hasta que un día se deciden a comprar una mesa de ping-pong" y entonces dejan ya de jugar al "ping-pong".

La salita está siempre a la entrada del piso, a la izquierda, y siempre enfrente de la cocina para que huela bien a guiso. Y por su parte, la cocina está justamente enfrente de la salita, para que huela bien a salita. La cocina es de cualquier tamaño; es decir, o demasiado grande o

demasiado pequeña para que las visitas puedan halagar a la inquilina del piso diciendo que "qué cocina más hermosa", cuando es demasiado grande, o "qué cocina más mona" cuando es demasiado pequeña.

También hay un cuarto de estar en que casi todo lo que no se encuentra está allí; sólo que hay que saber dar con el cajón preciso donde no está lo que buscamos, y así ya se sabe que tiene que estar en otro, donde tampoco está.

El cuarto de baño es importante. Hay un armarito con una puertecita que sirve para darse un fuerte golpe en la cabeza cuando se está uno lavando el cuello, tirando el vasito de los cepillos de dientes de toda la familia, que cae dentro de la bañera, a la que le falta la cadenita del tapón.

El guardarropa, para ser un verdadero guardarropa, debe tener una gran puerta en el centro, tan fuertemente agarrada, que al tirar de ella con la llave se abra de repente con tal violencia que se desencuaderné y haya que buscar el agujerito ese donde se pone un hierro para que la puerta se apoye. Pero siempre la colocamos de tal manera que no cierra bien y además produce un chirrido tan terrible que hace gritar a toda la familia.

Hay otros detalles múltiples que no por eso dejan de formar parte de una verdadera casa. Por ejemplo: al cajón de la mesa de la cocina le falta el tirador, y hay que abrirlo metiendo la mano por debajo y empujándolo por detrás; pero esto lo hace muy bien la chica, y no importa. Hay un flexible que, después de marearse por todos los pasillos, sale por un agujero del marco de la puerta del comedor y vuelve otra vez al pasillo, donde se pierde. Nadie sabe para qué sirve ni quién lo puso, pero allí sigue. Otra cosa muy bonita es el timbre del dormitorio, que nunca funciona, y que no nos atrevemos a probar, porque a lo mejor suena, y nos llevamos un susto o tenemos a toda la familia buscando dónde ha sonado el timbre.

En fin, otro día hablaremos de los vecinos de más arriba.



PARA COGER UNA BOTELLA



Con frecuencia, cuando usted va a coger una botella, la botella se escurre y se cae al suelo. Aquí vemos a la botella.



Manera de colocar la mano para coger la botella y que no se rompa en mil pedazos pequeños de botella.



Aquí vemos a un ama de casa que, después de seguir cuidadosamente nuestro interesante método, ha conseguido coger la botella sin que se rompa.



—¡Carolina! ¿Cuántas veces tengo que decirte que pases bien la escoba por debajo de la cama?



—Mi marido es aquel que está encima de la cama. El de abajo debe de ser un ladrón.

LA MUJER

EN EL

CHISTE



—Aquí te presento a mis padres...

HAY "palabras-chiste" y "palabras-no chiste", señora mía. La "palabra-chiste" es la palabra graciosa por sí misma, como "bigote", "gordo", "don Antonio", "gamba", "patata frita", "huevo frito", "perito electricista frito", "estafeta frita", "Feliú", "angula", "puro", "periscopio", "guisante", "tocólogo frito", etc.

Y la "palabra-no chiste" es la que no es graciosa de ninguna manera. Como "don Pablo", "oficina", "inquilinato", "obligación", "catedrático", "ajedrez", legumbre", "ventrílocuo", etc.

Existe también el recurso de unir una "palabra-chiste" con una "palabra-no chiste" para conseguir el chiste por contraste. Por ejemplo, si unimos la palabra "guisante" con la palabra "catedrático" obtendremos un "conjunto-chiste". Con la palabra "ajedrez" y la palabra "gamba" puede conseguirse un resultado análogo.

En realidad, la mujer no es un elemento-chiste de primera calidad. La pasión de la mujer es hablar de trapos y dejarse de chistes. Y en cuanto tiene el menor motivo empieza a hablar de estos bichos.

—¡Caramba, señora mía! ¡Qué ganas tenía de hablar con usted de trapos! ¿Le gustan a usted los trapos?

—Me encantan los trapos, señora mía. Yo tengo en casa un baúl lleno de trapos, y paso unos ratos deliciosos con mis trapos de mi alma.

—Yo tengo menos trapos que usted, pero también tengo bastantes trapos.

—¿Cuántos trapos tiene usted, señora mía?

—Tengo cuarenta y dos, pero en mayo cumplo cuarenta y tres trapos.

—Pues los lleva usted muy bien, señora mía.

—Mi marido me regala a mí trapos todos los días de mi santo.

—¡Eso se llama un marido! ¿Sabe usted, en cambio, lo que hizo el mío el día de mi cumpleaños? Me regaló un vestido.

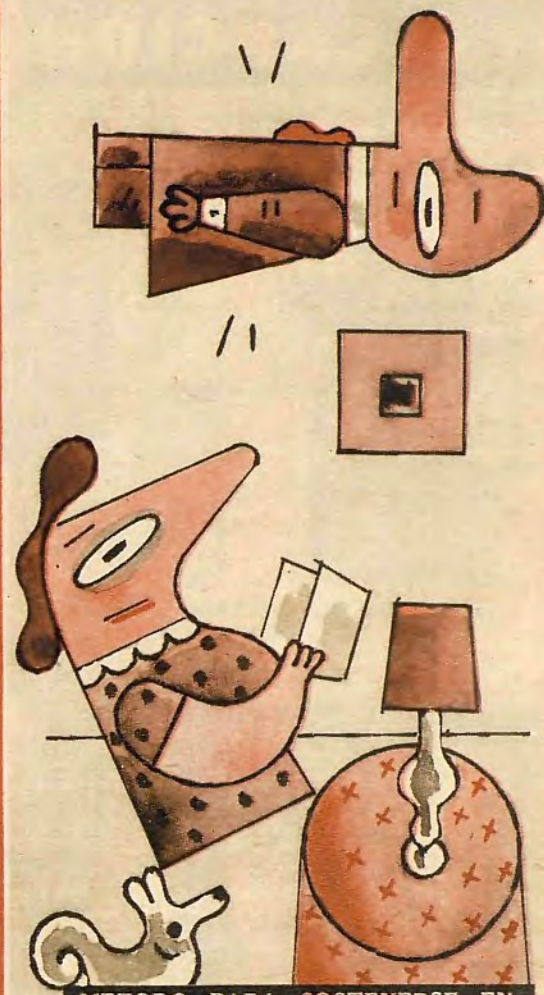
—¿Qué disparate!

—¡Eso es no conocer a las mujeres! Menos mal que yo cogí unas tijeras, y en un momento lo convertí en trapos...



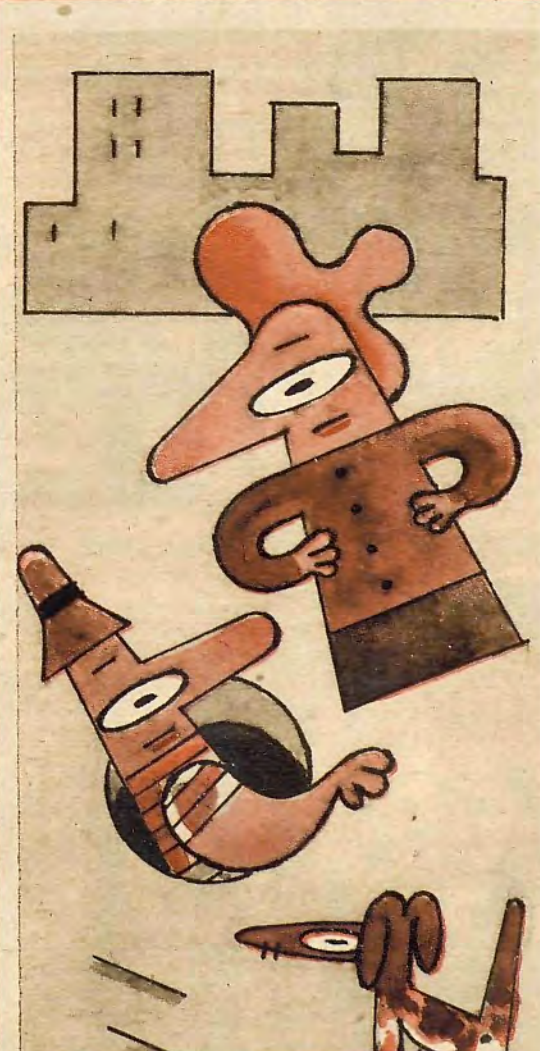
LLUVIA

—Señorita, ¿me permite que le ofrezca mi árbol?



METODO PARA SOSTENERSE EN EL AIRE

—¡No, hombre; no! ¡No es así como dice el libro!



CELOS

—¡Sabe Dios de dónde vendrás, Enrique!



POESIA

—Y aquella estrella que hay sobre los calcetines del señor Feliú es Venus...

LA MUJER EN LA CANCION

“A LA LIMA Y AL LIMON...”



La vecinita de enfrente,
[no, no...,



Nadie se acerca a su reja...,



... esta copla triste
que el viento se lleva:



... te vas a quedar soltera.



... no tiene los ojos grandes...,



... nadie llama a sus crista-
[les...,



A la lima y al limón...,

Bei Unbehagen und Schmerzen
Pyramidon
TABLETTEN!
BAYER

¡Qué penita y qué “doló”!
¡qué penita y qué “doló”!



... ni tiene el talle de espiga,
[no, no...,



... que sólo el viento de noche
es quien le ronda la calle.



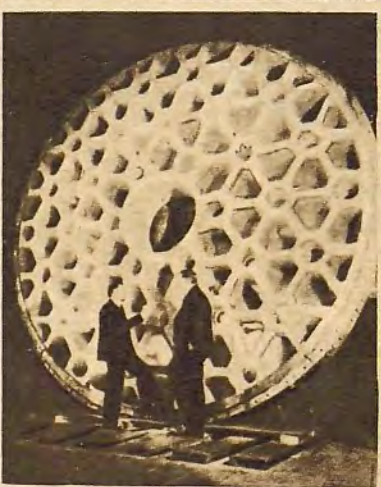
... tú no tienes quien te quie-
[ra.



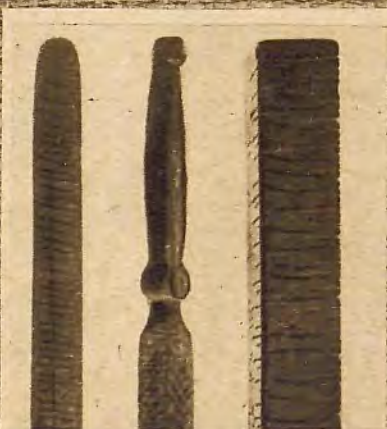
La vecinita de enfrente
soltera se quedó.



... ni son sus labios de san-
[gre.



Y los niños cantan,
a la rueda, rueda...,

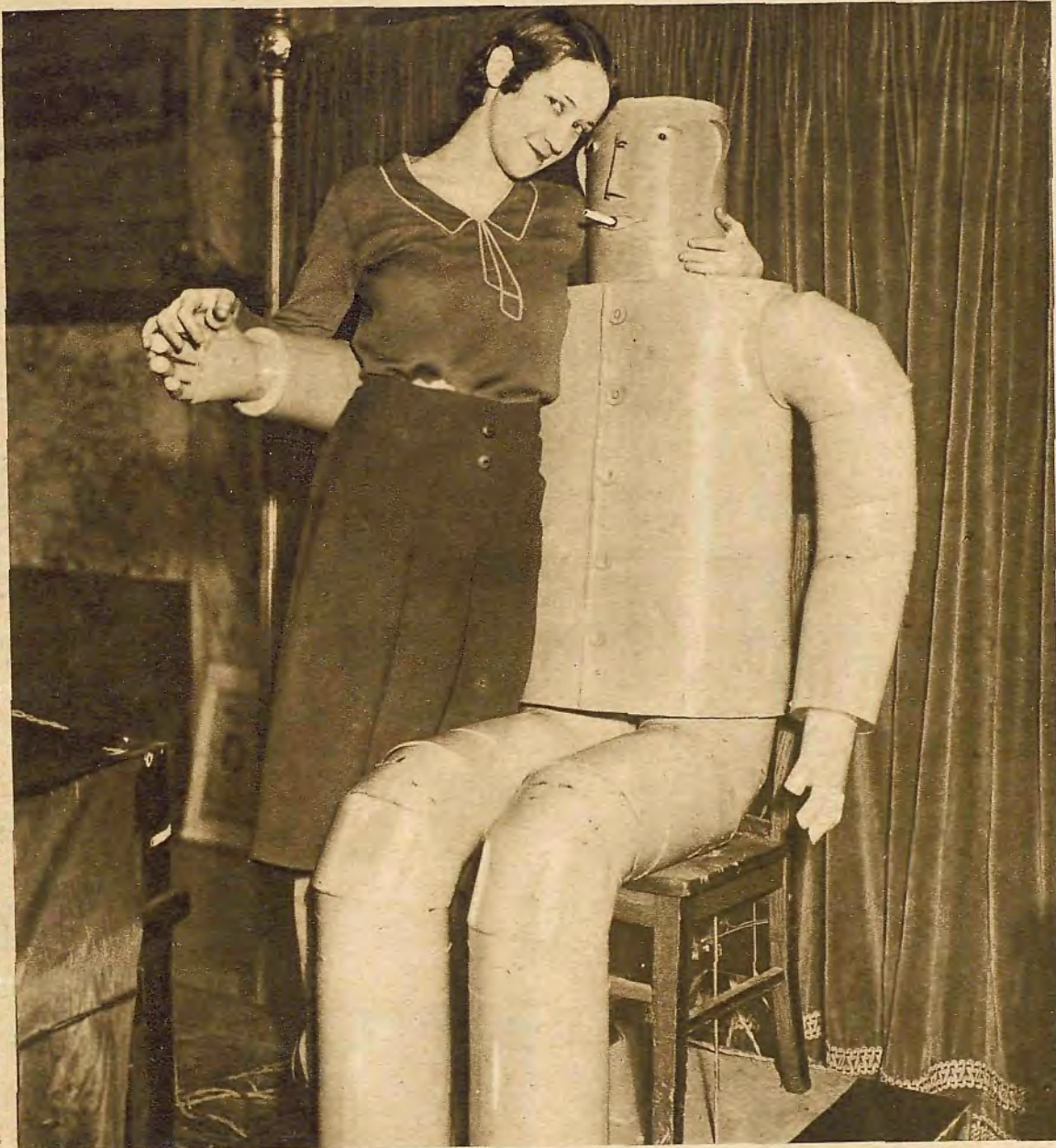


A la lima y al limón...,



Solterita se quedó,
a la lima y al limón.

LA MUJER EN LA POESIA



PRIMAVERA SONETO

*Viene la primavera, en primavera
(allá hacia el mes de abril, a veces mayo)
y estos enamorados de primera
(tenía que pegar con primavera)
locos de amor (la estufa y la portera)
se unen en tierno abrazo
como un rayo (1).*

—¿Quién quiere a mi chatita?—dice el tío.
—¡Su "chubesky" bonito!—es la respuesta.

*Y llena de rubor y cardenales
en su talle de vaca (por el brazo
del otro, que es un fresco)
le sonríe y le acaricia el cuello.*

—¿Quién quiere a su chatarra
remonona?—añade la mujer,
que, a veces, miente...

—¿Quién se va a comprar hoy
un abrelatas para el viaje de novios?...
Y don Juan, satisfecho ante el halago,
es feliz y se duerme en la quimera.
Ellos se aman sin saber más razón
que la de haber "llegao" la primavera.

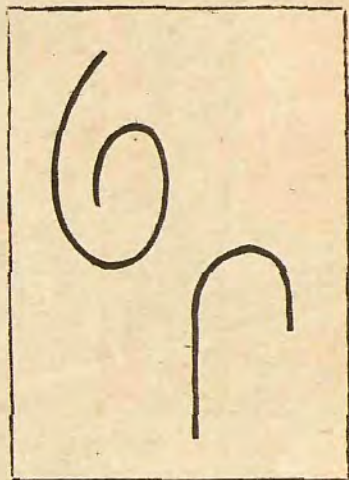
El vate PEREZ

(1) Esto del rayo lo explicaré otro día.

Nuestro apasionante

concurso de

dibujos incompletos



B A S E S

1 Continúa abierto nuestro concurso de dibujos incompletos. Se trata de completar la viñeta que publicamos más arriba, aprovechando las líneas ya trazadas y ateniéndose a ellas. Paisaje, figura, bustos o grupos, todo está permitido, siempre que las líneas dibujadas por nosotros se hayan respetado y formen parte del dibujo completo.

2 Estos dibujos nos serán enviados de la siguiente forma: o bien hechos en el mismo grabado que publicamos, o bien copiándolos exactamente en otro papel de iguales proporciones. En los dos casos el dibujo habrá de venir pegado a una cuartilla, en la cual estará escrito el nombre y dirección del concursante.

3 Todos los trabajos serán enviados por correo a LA CODORNIZ, apartado 383, Madrid, indicando en el sobre "Para el concurso de dibujos".

4 La admisión de ellos quedará cerrada el día 20 del mes actual, y en los primeros días de agosto el concurso será fallado.

5 Habrá tres únicos premios indivisibles para los mejores dibujos que se nos envíen. El primero, al que reúna más mérito, de DOSCIENTAS pesetas. Y un segundo y tercero de CIENTO CINCUENTA y CIEN, respectivamente, a los que le sigan en calidad.

"LA CODORNIZ"

P.º de Onésimo Redondo, 26
MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Semtre. Año

Madrid, provincias y posesiones españolas,	16,00	31,00
América, Filipinas y Portugal.	40,00	70,00
Extranjero	40,00	70,00

LA MUJER EN EL OCULISTA



—Doctor, ¿puedo estar segura de que se trata de una lectura apta para señoritas?...



—¡No, no! Está usted leyendo mal. ¡Más calor!, ¡más expresión!, ¡más sentimiento!...

LA señora Feliú entró en el despacho del oculista. —Buenos días—dijo la señora Feliú—. Deseo unas gafas.

—Siéntese—le contestó el oculista—. Haremos un examen de su vista.

—¡Pero si yo veo perfectamente!—exclamó la señora Feliú—. Las gafas no son para mí.

—¿Para quién son?

—Para el gato.

—¿El gato? ¿Qué gato?

—¿Cómo que qué gato?

—El mío. ¿Qué otro gato quería usted que fuese?

—¿Y quiere usted unas gafas para el gato?

—Naturalmente. ¿Qué tiene de extraño? Quiero unas gafas para ver al gato.

—¿Para ver al gato?

—¡Claro que sí! Lo veo poco. Tengo un defecto en la vista. Veo poco al gato, mientras las otras cosas las veo perfectamente.

—Entonces lo que usted quiere son unas gafas para usted, no para el gato.

—¿Cómo que no para el gato?—gritó la señora Feliú—. Si le he dicho que no veo bien al gato, quiero decir que quiero unas gafas para verlo. Las demás cosas, le repito que las veo bien. ¡“Tom”! ¡“Tom”! ¡Ven aquí!

Y la señora Feliú llamó a un perro que andaba dando vueltas por el despacho.

—¡Pero si es un perro!—exclamó el oculista.

—¡Claro que es un perro!—dijo la señora Feliú—. Lo veo perfectamente. Me lo ha prestado mi vecino porque mi gato no podía venir.

—¿Y al perro lo ve bien?

—Naturalmente que lo veo bien!

—¿Y al gato no?

—¿Cómo quiere usted que vea al gato si no está aquí?—exclamó furiosamente la señora Feliú—. ¿Es que usted lo ve acaso?

—No; yo no.

—¿Y quiere usted que yo lo vea sin estar aquí? Si no está, no lo puedo ver; por lo menos yo no puedo ver las cosas que no están presentes.

—Entonces, si no ve al gato, ¿para qué ha venido aquí?—preguntó el oculista, que empezaba ya a desistirse.

—¡Oiga! ¡Si yo viese al gato no se me habría ocurrido venir a ver a un oculista y comprar unas gafas para verlo!

—¿Pero cómo quiere verlo si el gato no está?—gritó el oculista casi a punto de llorar.

—¡Usted es tonto!—chilló la señora Feliú—. ¡Usted no comprende nada! ¿Cómo quiere usted que vea al gato si tengo un defecto en la vista y, además de eso, no tengo gato?

—¡Anda, anda, “Tom”! ¡Vamos a ver a otro oculista que no sea tan tonto como éste!

Y la señora Feliú se marchó gruñendo.



—¿Qué letra ve usted ahí?

—Una eme.

—Muy bien. Esas son las gafas que necesita.